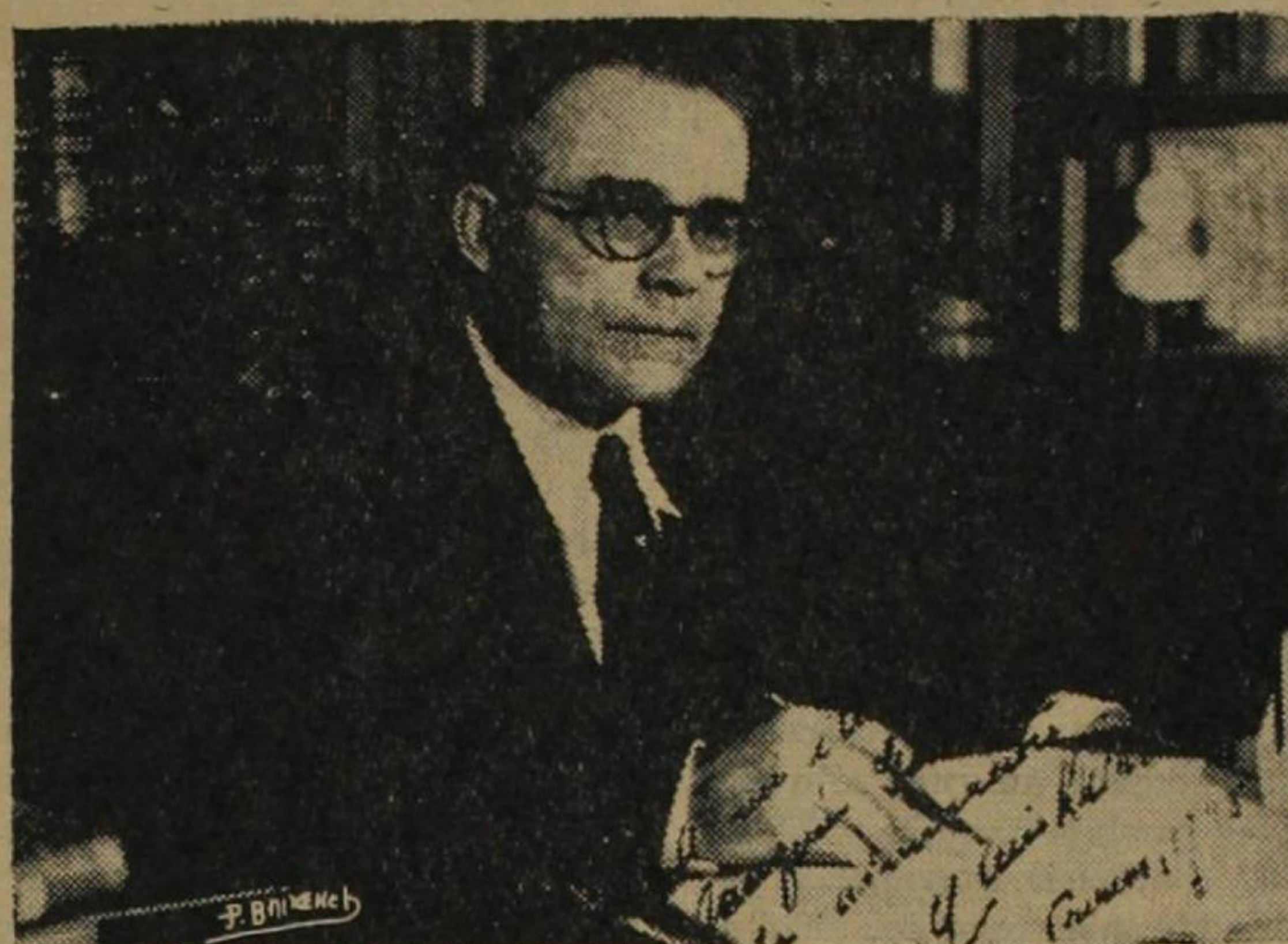


(Discurso en el acto de recibir el Premio Nacional de Literatura 1946-1947).



Mario Briceño-Iragorry

## FUNCIÓN SOCIAL DE LA PALABRA

(En el Rep. Amer. Atención del autor, en Caracas).

Permitidme, Señores, que en este momento de personal e intensa complacencia para mi vida modesta de ejercitante de las letras, evoque palabras transidas de amargura del más grande de nuestros escritores de todos los tiempos: "Tiéneme usted aquí tendido horizontalmente sobre una cama, sin medios de asistirme, sufriendo junto con un dolor agudo las estrecheces de la pobreza y la desesperación de la miseria", escribía Juan Vicente González el 6 de setiembre de 1866 a su amigo el general Jesús María Aristeiguieta. En lucha atroz con la gangrena y la indigencia, el eximio escritor cuya palabra había sido heraldo de las más ardientes pasiones de la Patria y sibila que anunciaba los secretos de la cultura a la juventud del país, veía cómo rondaba cerca de su lecho de dolor la muerte liberadora. Por premio a sus esfuerzos de tantos años al servicio de las letras patrias, ora en la cátedra, ora en el libro, ora en el periódico, sin que hubieran sido óbice para detener su pasión de trabajar, las propias ergástulas a donde lo arrojó la dictadura, sólo miraba alrededor de sí, en la hora del tránsito definitivo, la soledad y el desamparo.

Símbolo angustioso de la indiferencia con que la República ha considerado por tantos años la obra de sus hombres de pensamiento, el cuadro de Juan Vicente González que agoniza, no sólo con las congojas de la muerte, sino además con las amarguras de la privación económica, nos habla de un pasado donde en gran parte quedó inválida, por falta de estímulo oportuno, la obra de los máximos creadores de las letras. Hacia esas grandes figuras de nuestro mundo intelectual, que sufrieron el desdén de su tiempo y la hostilidad de quienes pudieron ser Mecenas para el impulso de empresas llamadas a decorar el panteón de nuestra gloria más legítima, quiero alzar mi pensamiento respetuoso en la hora de recibir el galardón que me confiere la República por precio de una obra que nada vale al ponerla en paralelo con la de aquellos que fueron víctimas de la sordidez y la desidia. Como hijo agradecido que disfruta de hacienda que, siendo suya, no gozaron los mayores, miro en esta hora de mi lauro al infortunio que asignó la existencia de los patriarcas de nuestras letras: a Cecilio Acos-

ta, triste y perseguido por la miseria y por la envidia; a Pérez Bonalde, proscrito por los odios y recibido sin afecto por la Patria que fué numen de su estro prodigioso; a Baralt, obligado por fuerza de sus émulos a acogerse al regazo de la antigua metrópoli colonial; a Leopoldo Torres Abandero, inflexible en la hora de la muerte ante el halago de una libertad ofrecida a trueque del viril decoro; a Jesús Semprun, forzado a medrar con el ejercicio de una profesión que por jamás fué de su interés el cultivarla; a Bello mismo, que inútilmente invocaba la posible mendicidad de la familia como título para que Colombia reconociera el valor de sus servicios. Hacia ellos y hacia tantos otros a quienes "carencia de estímulos vivificadores, fraude o mala fe, tanto en el elogio como en la censura", dejaron en actitud de "inacabados", según oportuna atribución del fraterno Luis Correa, convierto en este instante los ojos del espíritu, para contrastar la diferencia de los tiempos y para hacerles parte del homenaje que este acto representa; pues bien entiendo que al escogérsese para recibir el lauro que el Gobierno Nacional ha estable-

cido en honra de los escritores del país, no se está estimulando y exaltando una labor individual, sino el esfuerzo común de quienes dedicamos nuestro mejor tiempo a las disciplinas literarias y, aun más, se está honrando el propio concepto del escritor en su ductora función intemporal.

Al mostrarse preocupada la República por el progreso de las letras, declara que tiene urgencia por que cada día sea mayor la calidad del esfuerzo a ellas consagrado por quienes hemos hecho profesión del arte de escribir, y reconoce, a la vez, la eficacia de su poder en la formación de la conciencia pública. Porque, Señores, los pueblos no son las máquinas que hacen próspera la industria; ni los campos donde germina la semilla promisorio de cosechas opulentas; ni los canales y caminos que hacen posible el útil tránsito; ni las riquezas que duermen en los sótanos avaros de los bancos; los pueblos son los hombres en función de solidaridad y de cultura, cuando a la luz de pensamientos generosos saben dominar las asperezas instintivas, a cuyo impulso prosperan las pasiones y se abren avenidas que permiten a "la ignorancia y a la desesperación señalar los trazos de los nuevos cuadros humanos". Y esos hombres capaces de quebrantar por medio de la obra educativa los complejos disvaliosos que se mueven en el fondo irracional de la sociedad, necesitan la palabra oportuna y el guión certero del grupo de individuos que asuman la tarea de dar forma a las adivinaciones de su tiempo.

El grito del bárbaro cacique que a su arbitrio manejó la tribu y en quien se concretaban las fuerzas mágicas de la autoridad, ha de ser sustituido plenamente, para la eficacia de la obra común, por la voz reflexiva del hombre que superó, en virtud del estudio y del gobierno de sí mismo, los estadios de la ruda emocionalidad. La arquitectura de los pueblos reclama, por eso, como clave de sus arcos la expresión de pensamientos depurados y justos y la inmediata movilidad de tales pensamientos a través de la dinámica del grupo, a fin de que la gente media, cada vez más numerosa, adquiera condición de soporte de las grandes individualidades. Crear y transmitir valores de cultura es la misión que corresponde al escritor en orden al mejoramiento de las ma-

## El Premio Nacional de Literatura

(En *El Herald*. Caracas, 13 de enero de 1948).

El Jurado Oficial que estudió la producción literaria del país a los fines de otorgar el Premio Nacional de Literatura a la mejor obra publicada el año pasado, concluyó ayer sus tareas favoreciendo con su veredicto a la obra *El Regente Heredia o la Piedad Heroica* que en los últimos días del año dió a la publicidad el notable polígrafo nacional doctor Mario Briceño Iragorry, uno de los más cultivados espíritus del país, escritor de largo aliento, historiador de rica información y singular don de análisis interpretativo.

Esta noticia llena de júbilo a los círculos literarios de la Nación, y a los numerosos grupos que cierran vínculo de simpatía en torno a la figura humana y a la elevación intelectual de Mario Briceño. Trabajador incansable, su obra es fruto de los sanos y pertinaces desvelos que decantan la obra perdurable; espíritu liberal, la pasión fundamental que cruza sus escritos es la del bien, la libertad y la belleza,

valores supremos que orientan la conducta humana; estilista depurado, la palabra ha llegado en él a tener su pleno poder de expresión, como si fuera para Briceño Iragorry, al mismo tiempo, lo que es el sonido para el músico el mármol para el escultor, el color para el pintor; hombre honesto y progresista, vale más por haber vivido mucho y diversamente que por haber permanecido con infecunda vestalidad al margen del error, pero lejos de la gloria de los contrastes y contratiempos que hacen al hombre más hondo, más real, más verdadero.

Al registrar complacido esta noticia, *El Herald* lleva el testimonio de su simpatía al doctor Briceño Iragorry, lo mismo que a su señora esposa doña Pepita Picón de Briceño Iragorry, cuya generosidad y discreción son el eje del hogar amable que ha servido de cuadro confortante a la tarea intelectual de su notable esposo.